

Después de muchos años de amor silencioso, Martín por fin se había animado a confesarle sus sentimientos a Ainoa. Eran amigos desde hacía años y ella nunca había dado muestras de sentir algo por él hasta la semana anterior, en la que había dejado caer que le hubiera gustado que fueran algo más. No obstante, Martín no podía decírselo sin más y decidió hacer algo especial para ella, así que decidió sorprenderla con una invitación a cenar en un restaurante de moda, aunque para ello se dejara todo el sueldo.

El restaurante no era nada del otro mundo y no merecía su fama, tanto menos su precio, lo que deprimió mucho a Martín, que veía cómo sus esperanzas de confesar su amor a Ainoa tras una cena agradable se desvanecían por momentos. Les sirvieron el primer plato después de una larga espera y, a pesar de que su sabor no era especialmente delicioso y estaba salado, se lo comieron porque estaban muertos de hambre. Por supuesto, después de acabarlo les dio sed y acabaron la botella de vino, pero ningún camarero les traía más líquido, a pesar de que lo pidieron varias veces.

El segundo plato tardó cosa de una hora en llegar y, aún sin nada para beber, lo comieron a desgana, a pesar de que este no estaba tan mal como el anterior. Por fin les trajeron el vino, cuando ya casi habían terminado de comer, y decidieron tomar el postre en otra parte para evitar más demoras, pero tardaron mucho en traerles la cuenta y no les hicieron caso hasta que hicieron amago de irse sin pagar.

Mientras esperaban el cambio, enfadados, Martín comenzó a sentirse mal. Iba a disculparse ante Ainoa cuando ella se excusó y salió corriendo en dirección a los servicios. Martín también lo hizo y se encontró con que todos los aseos estaban ocupados: al parecer, la intoxicación alimentaria afectaba a la mayoría de los clientes que aún permanecían en el local.

Al final, la velada perfecta que había planeado acabó en el hospital y Martín, que se lo tomó como una señal del karma de que no debía declararse, se pasó el resto del día siguiente, cuando ya les dieron el alta, cuidando de su amiga, aunque él no estaba mucho mejor que ella. No obstante, Ainoa, en cuanto se encontró mejor, encontró divertida la situación y, mientras preparaba agua para dos manzanillas en el microondas, le confesó, avergonzada, que había esperado que él se declarara esa noche.

Martín detectó el tono anhelante en la voz de su amiga, por lo que decidió que el momento de hacerlo era ese y por fin dio rienda suelta a las emociones que llevaba conteniendo tanto tiempo. Cuando el agua estuvo lista y el microondas pitó, ninguno

de los dos le hizo caso: el beso del que estaban disfrutando era mejor remedio que cualquier infusión.